

“Abrojos canto épico de las Glorias de Chile”, Rimas

Don Pedro Balmaceda

En su libro *Abrojos*, nuestro joven poeta nos aparece con aspecto muy diferente. Desengañado de su primera pasión amorosa y luchando lejos de su patria, en Chile, conoce ya la amargura de la vida y atraviesa esa crisis de escepticismo prematuro que se sigue a la sentimentalidad pueril y que, en los temperamentos impresionables, toma proporciones desmesuradas. Inspirándose en las *Humoradas*, de Ramón de Campoamor (España, 1817-1901), y también en la colección de un poeta de España (las “Saetas”, de *Leopoldo Cano y Masas*, Valladolid, España, 1844-1934), nos ofrece ahora una serie de pequeños poemas en los más diversos metros, a veces combinados, poemas amargos o sarcásticos, finos o agudos, que muestran el humorismo dulzón de Campoamor, pero que ostentan además otras influencias. Comienza con un Prólogo-dedicatoria a Manuel Rodríguez Mendoza, confidencias sobre la génesis del libro, en versos sencillos, pero elegantes y no falto de hallazgos.

Sí, yo he escrito estos Abrojos

tras largas penas y agravios,

ya con la risa en los labios,
ya con el llanto en los ojos....

Siguiendo al maestro de las *Humoradas*, don Ramón de Campoamor, se mofa de las virtudes mundanas, “de guante blanco”, sonrío de “la estéril gran señora”, envidiosa de ver a la cocinera “con seis hijos y medio por la calle”, delata en toda mujer a “la mujer de Putifar”, cuenta el caso del pobre curita que ríe, muerto, de sus solemnes funerales; se burla del

“mocito” elegante confundido ante el pudor de la mendiga o ríe del mandamiento que dice: “Dar posada al peregrino”:

A uno dí posada ayer
y hoy prosiguió su camino,
llevándose a mi mujer.

A veces exagera la nota, desplegando un sarcasmo que parecería cínico si no fuera pueril, como cuando aconseja a la juventud de arrojar “esa vergüenza al cajón de ropa sucia”, cuando dice al envidioso que quisiera “una sogá” para echársela “al pescuezo” o cuando murmura a la querida pasajera:

No quiero verte madre,
dulce morena.
Muy cerca de tu casa
tienes acequia....

Pero interpreta también el romanticismo transhumante de *Gustavo Adolfo Bécquer* (España, 1836-1870) o de *Alfred de Musset* (Francia, 1810-1857) y hace algunas piezas de ironía muy delicada, como la XXX (“Niña hermosa que me humillas....”), la XLIV (“Amo los pálidos rostros....”), la XLVI (“....¡Oh Alfredo de Musset! Dime si Rolla....”), y sobre todo la XVII, tornada famosa:

Cuando la vió pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada!...

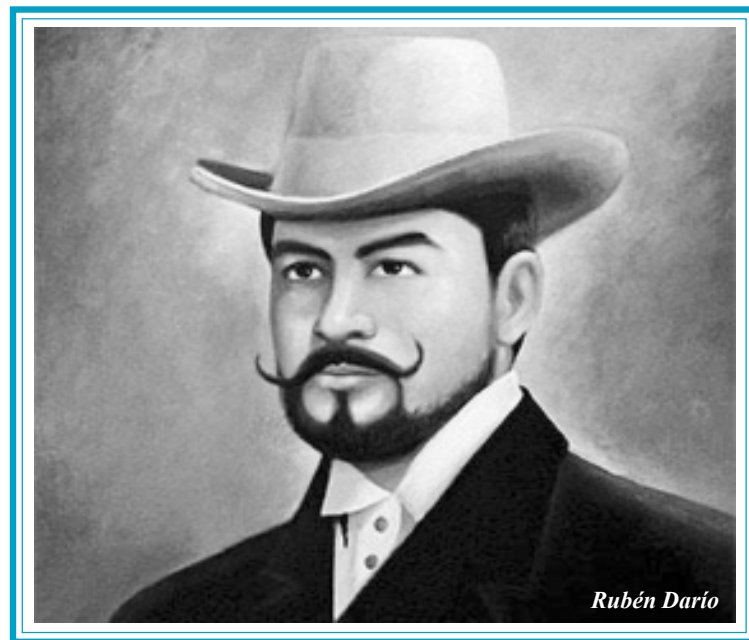
Lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.

¡Que improvise el poeta!
Y habló luego
del amor, del placer, de su destino.

Y al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego,
que fué a caer al vaso cristalino.

Después tomó su copa,
y se bebió la lágrima y el vino.

Y he aquí que nos da tres o cuatro poemitas singulares, en que la amargura se envuelve en esa fantasía suntuosa, ese lirismo sutil o ese giro nervioso que le serán característicos. Así la pieza final, de imágenes tan novedosas y giro tan raro:



¿Qué cómo así? No es muy dulce

la palabra, lo confieso....

Mas de esta extraña amargura

la explicación está en esto:

Después de llorar mil lágrimas
ásperas como el ajeno,
me alborotó el corazón
la tempestad de mis nervios....

Así aquel perfil del poeta opulento de sueños y rendido por la material miseria:

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,
todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental;
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad
los joyeles y preseas
de los cofres de un nabab,
pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos

murió de necesidad.

Y sobre todo este soberbio símbolo de la Tentación que tranfigura, en la pubertad femenina, el aspecto del mundo, y que es, sin duda, la nota más bella del libro:

Cuando cantó la culebra,
cuando trinó el gavilán,
cuando gimieron las flores
Y una estrella lanzó un ¡ay!;
cuando el diamante echó chispas

y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió su virginidad.

Hay todavía en *Abrojos* ciertas piezas sentimentales, tristes y amargas, de las cuales el autor nos dice que son “las flores de un amor muerto”, que brinda “al cadáver yerto” de su “primera pasión”; entre otros, el poemita inicial (“Día de dolor....”), el XI (“Lloraba en mis

hala tal vez “el perfume cálido de una nueva poesía”, como dijo Pedro Balmaceda, pero hay en él elegancia, singularidades y, en algunos poemas, como se ha visto, cierto sello personal. A pesar de la imitación y de las exageraciones, es, por lo demás, un libro sincero. Rubén Darío ha dicho que estos poemas son “desahogos vividos” y algunos de sus amigos chilenos han podido contar el origen de varios. En fin, *Abrojos* nos muestra un aspecto de nuestro poeta: el humorismo, que estaba en su temperamento (los que lo hemos conocido podemos decirlo) y que había mostrado ya, pero que no volvería a hacer ver más que en raras obras de su labor futura, como la “Epístola” a la señora de Leopoldo Lugones (1874-1938).

El mismo año que apareció este libro amargo y zumbón, nuestro joven poeta escribió una oda patriótica de gran aliento, en honor de su patria de adopción del instante: *Canto épico a las glorias de Chile*. Vaciado en el molde de *Manuel José Quintana* (España, 1772-1857), este poema recuerda la oda “El Porvenir” de *Primeras Notas*, pero es de mayor mérito y muy superior a la poesía patriótica del instante. El poeta logra mantenerse más allá de la vana elocuencia y consigue hasta cierto punto, remozar la gastada modalidad mediante la pureza del verso y el empleo de imágenes no comunes o de la rima rica, a veces esdrújula. Muestra, además, a pesar de las obligadas reminiscencias antiguas, un sentimiento auténtico del mundo americano:

....¡Oh, las antiguas harpas de los troncos

de las inmensas selvas primitivas

cuerdas sonantes y bordones ronc

para músicas altas y expresivas!....

¡Oh, la expresión de las hercúleas razas

y las himnicas pompas,
que con ruido de yelmos y corazas

al son brotaron de las áureas trompas!

Bajo el blanco fulgor del firmamento

hoy resuenan al viento
los clarines sonoros y triunfales.

¡Patria, canta mi acento
la mayor de tus glorias inmortales!

brazos vestida de negro...”), el XII (¡Oh, luz mía! Te adoro...”), el XIII (“¿Qué lloras? Lo comprendo....”), el XIV (“Yo era un joven inocente”), el IX:

Primero una mirada;
luego, el toque de fuego
de las manos, y luego,
la sangre acelerada
y el beso que subyuga.

Después, noche y placer;
después, la fuga

de aquel malsín cobarde.
Que otra víctima elige.

Bien haces en llorar. Pero,
¡ya es tarde!

¡Ya ves! ¿No te lo dije?

Son piezas que valen, sobre todo, por la luz que arrojan sobre la vida sentimental del poeta. *Abrojos* es el primer libro de juventud de Rubén Darío; la primera colección en que no aparece ya el balbuceo del niño, sino la voz del hombre. No ex-